

IN MEMORIAM

GILLES DELEUZE: ÉTICA Y VIDA

La muerte de este filósofo francés nos plantea, a quienes hemos seguido paso a paso el itinerario de su pensamiento, el problema de la relación entre filosofía y vida. En uno de sus últimos libros quiere responder a esa pregunta que él dice que solamente en la vejez uno puede abordar con posibilidades de respuesta: ¿Qué es la filosofía? En toda su obra se encuentra esta misma preocupación, aunque la había planteado, nos dice, de un modo demasiado indirecto u oblicuo. Ahora quiere abordarla, aunque reconoce que no puede aspirar al estatuto de vejez que él encuentra por ejemplo en el Kant de la *Crítica del juicio*. Dice que le llegó la hora de plantearse esta pregunta de una manera más directa, de forma menos abstracta. Yo creo, sin embargo, que Deleuze sí podía aspirar al estatuto de esa edad en la que se disfruta de una libertad soberana, de ese momento de gracia entre la vida y la muerte, en el cual es posible «enviar un mensaje hacia un futuro que atraviesa todas las épocas». Es el mensaje que trascenderá y acallará las voces discordantes que hoy se levantan para censurar y condenar un acto que no encuentran consecuente con una filosofía a la cual animó siempre el más claro y estimulante vitalismo ético.

Toda la filosofía de Deleuze gira alrededor del problema de la relación entre ética y vida. Por esa razón buscó enriquecer su propio pensamiento con el de filósofos que demostraron desde Epicuro, pasando por Spinoza, hasta Nietzsche, una clara orientación vitalista. Deleuze mismo nos dice que todo lo que él hizo es vitalista. Y lo que hizo fue vivir y pensar. Por eso todos los actos de su vida y todos los conceptos que creó deben ser leídos en clave vitalista. Incluido, me atrevo a decirlo, el gesto último y definitivo que lo llevó a poner fin voluntaria y libremente al sufrimiento de una enfermedad penosa. Deleuze valoraba de la forma más positiva el suicidio. Lo consideraba

como un gesto de afirmación vital y de ninguna manera como un acto negador de la vida. El alimentó esta visión positiva de la muerte en filosofías que siempre le interesaron y que él supo incorporar a su propio pensamiento, desde los estoicos, pasando por Spinoza, Hume, Nietzsche, hasta el Foucault en quien encontramos la expresión nítida de una ética vitalista, ésa que él define como «el ejercicio pensado de la libertad». Deleuze resume en un enunciado, sin duda inquietante, pero que puede clarificarse a la luz de su vitalismo, toda su percepción del suicidio. Es, nos dice, «un arte que toma toda la vida».

Deleuze muere cuando ha logrado culminar una obra, a la que no podrán calificar, por razones de periodismo efectista, como inconclusa. Yo creo que es posible leer todos sus textos siguiendo el hilo conductor de su ética vitalista. Todos los conceptos que creó -y no era otra la función que para él tenía la filosofía: la de formar, inventar y fabricar conceptos- no pueden ser comprendidos sino en relación con el concepto de vida. Conceptos como el de *heceidad* (otra manera de decir individuo), agenciamientos, ritornelos, multiplicidades, devenires, líneas, no son más que componentes de su concepto de vida. La ética vitalista de Deleuze quiere alcanzar lo que para él es lo impensado del pensamiento, es decir, la vida. Es ella lo único que el filósofo debe pensar. Y la única manera de hacerlo es inventando, construyendo su concepto. La vida es para Deleuze voluntad de potencia, fuerza de existir. Sabemos que él encuentra en estos conceptos, el uno de Nietzsche y el otro de Spinoza, componentes enriquecedores de su propio concepto de vida.

Si Deleuze era un filósofo, lo que yo no dudo, en contra de algunos que parecen dudarlo, es algo que solamente podremos resolver si le aplicamos los criterios que él mismo señaló como la clave para reconocerlos. Por eso el mejor homenaje que podemos rendirle no son mesas redondas o conferencias, las cuales él detestaba, sino el leer sus textos -con mucha atención- y en particular *¿Que es filosofía?*, el que considero su verdadero testamento, para nosotros hoy, pero como un mensaje que hacia el futuro atraviesa todas las épocas. Cada vez adquiere más sentido para mí esa frase con la que Foucault expresa su amistad y sincera admiración: «un día el siglo será deleuziano». La exageración de este enunciado, si la hay, solamente puede servirnos de

acicate para seguir pensando una filosofía, en la que vemos una propuesta nueva, un punto de vista diferente sobre el hombre, el mundo y la vida. De allí la dificultad para comprender y aceptar mínimamente su pensamiento. Tal vez lo que nos falta para liberarnos del punto de vista occidental, éste que nos impide percibir la novedad y la diferencia, sea, como lo afirmaba Deleuze, a veces inquieto pero siempre esperanzado, un «grano de zen», es decir una perspectiva nueva, no la de la totalidad, sino aquella de lo que él entendía como las singularidades, el punto de vista de la inmanencia y no de la trascendencia. El mismo que Michel Serres considera como el verdadero camino que nos permitirá rescatar un mundo que por otra vía estamos abocados a perder. Y nosotros con él en la inútil abstracción y en la deletérea seducción de la Totalidad y la Trascendencia.

Alfonso Rodríguez